

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartré.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

## BELGICA Y ESPAÑA

**Lo que la realidad enseña.—Un dique contra las huelgas: las cooperativas obreras.—Socialismo constructor y socialismo destructor.—El partido obrero español enemigo de la colonización; el partido obrero belga amigo de la expansión colonial.**

Por qué se ha originado el movimiento social que ha conmovido a toda España? ¿Cuál ha sido el origen de la huelga de Bilbao? ¿A qué se debe la frecuencia con que se plantean conflictos obreros en nuestra patria? La situación del obrero español con relación al patrono, es en general, y especialmente en los centros fabriles—Gijón, Bilbao, Barcelona—la misma que en los países más progresivos de Europa. El término medio de los jornales es el mismo. La consideración personal, individual y colectiva recíproca es casi idéntica. La legislación protectora del trabajo es en España igual a la de las naciones más avanzadas. Desde el punto de vista político, el obrero español disfruta de ventajas descomulgadas en gran parte de Estados europeos: así, por ejemplo, entre nosotros hállase instituido el sufragio universal sin restricciones: un hombre, un voto y nada más que un voto; en Bélgica, al contrario, el voto es plural: todo hombre, tiene un voto, pero ciertos hombres—los ricos, los cultos, etc.—tienen dos votos, ó más.

La diferente situación económica de la clase obrera en Bélgica—por las experiencias sociales, por antonomasia—y España, no tiene su origen en la acción de las leyes. Los obreros no están en Bélgica mejor que en España porque los Gobiernos de aquel país sean mejores que los nuestros: la acción de los gobiernos belgas es un reflejo atenuado de la acción total del país, y no al contrario. Las leyes aquí como allí, van siempre detrás de las iniciativas particulares; siguen al movimiento social, no lo inician; se encuentran con necesidades y con costumbres ya creadas; no las crean, y mucho menos se anticipan á ellas.

Así pues, el proletariado belga no debe al Estado más que el proletariado español. Si su jornal es más seguro, está menos sujeto á crisis, débese es-

to á la pujanza de las industrias nacionales; si está asegurado contra los riesgos del paro forzoso, débese á la escasez del paro mismo, y remedialo por su parte tanto como con el auxilio oficial. Si es más culto que el obrero español no es porque aquí está establecida la instrucción obligatoria, sino porque los directores de la masa obrera propagan á cada instante los beneficios de la cultura, y despiertan en ella los anhelos de la verdad y de la belleza por medios de asociaciones pedagógicas y artísticas, en lugar de sumergirse en la taberna de Perezagua. Siguiendo al pie de la letra las palabras de Carlos Maza, el proletariado belga practica el consejo de que la redención de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. No ha esperado la protección oficial para fundar cooperativas de consumo, logrando así abaratar el coste de su vida. No ha aguardado las iniciativas leales para asegurarse por medio de las sociedades mutuales contra los riesgos de enfermedades y de invalidez. No ha necesitado la presión del gobierno para plantear y resolver el problema de los retirados obreros. No ha impetrado del poder público la resolución total del problema de la inocupación. Lo ha remediado con un parcial apoyo del Estado, es cierto. Pero el esqueleto del organismo asegurado,—la idea central y los detalles de la Caja de fondos del paro forzoso de Gante, modelo imitado por todas partes—obra del partido obrero ha sido, y á la iniciativa del partido socialista se debe.

Y en tanto que se ha hecho todo esto, que se ha garantizado como en ningún país la regularidad y la certeza de la vida al obrero, su asistencia médica y farmacéutica, la seguridad de su subsistencia en la vejez, que se le ha abierto, en el seno de las enormes asociaciones una ventana al ideal, haciéndole comulgar en el sentimiento estético de la música, y de la poesía,

en tanto que se le ha protegido en todos los momentos de su vida... ¡ni una huelga, ni un alboroto, ni una coacción sangrienta, ni un tumulto que amenace y perturbe la prosperidad creciente de la nación! ¡Paradoja interesante: el país de vida social, de vida libre y más activa y más intensa es el que menos huelgas sufre! Menos que Francia—11.180 huelguistas por millón de habitantes—; menos que Alemania—6.500 por millón—; menos que Austria—5.640, por millón—; menos que Inglaterra—5.040 por millón de habitantes—; menos en fin, seguramente que España—de cuyos datos no dispongo—. Bélgica solo tuvo en 1907, —última estadística publicada— 3.515 huelguistas por millón de habitantes. En un pueblo esencialmente fabril, con grandes aglomeraciones obreras, con hondas diferencias religiosas, de lengua, de raza, con la proximidad de las naciones más turbulentas y agitadas. Y aún ese porcentaje ha disminuido considerablemente desde 1907. Y aún ese mínimo de huelgas se ha desarrollado pacíficamente, sin intervención de la fuerza pública, sin coacciones sangrientas, sin ataques á la libertad de trabajo.

Pero, ¿á qué se debe esto?—preguntará el lector. Es sencillo: á que los directores de la masa obrera tienen fe en la vitalidad de sus ideas. A que tienen espíritu de propagandistas y no de deficientes. A que son hombres cultos, que tratan de atraer al proletariado, no halagando los instintos bestiales de destrucción que como legado ancestral duermen en la subconciencia de todos los hombres, sino afirmando los sentimientos de solidaridad humana; haciéndoles ver los frutos de la asociación y los milagros de la cooperación; levantando el ánimo de los humildes por medio del arte; interesándolos en la riqueza colectiva por su participación en las empresas productoras y expendedoras socialistas; organizándolos para crear lo nuevo y para transformar lo viejo; probándoles, desde el primer instante, las ventajas materiales y morales que resultan de unirse; en resumen, conduciendo á las muchedumbres y no dejándose dirigir por ellas; educándolas y no adulándolas.

Donde se prueba la buena fé de los líderes belgas, es precisamente en el hecho de que su socialismo sea constructor y no destructivo. Cuando se les ha acusado de utopistas, ellos han respondido dando realidad fecunda, á lo

que se creían utopías. Se creyó que la cooperación obrera era un sueño: hoy el éxito de la cooperación se gradúa por los millones de francos que las cooperativas poseen.

Se imaginó que la cooperación solo serviría para abaratar el consumo, y la fábrica cooperativa socialista de tejidos de Gante, cierra sus balances con grandes beneficios: Así, en todos los casos, cuando hacen la crítica de alguna institución, pueden probar que la contraria es excelente. Los hechos son la mejor propaganda. Va el hecho de crear implica fe: solo los desesperados, no crean y la creación, humaniza las teorías más quiméricas, al concretarlas y cristalizarlas en la vida.

El socialismo belga es incompatible con las violencias á que el nuestro se muestra tan aficionado. Es decir, es incompatible con las huelgas de éxito dudoso, de inoportuno planteamiento, motivadas por peticiones injustas. El núcleo de todas las organizaciones obreras es una cooperativa de consumo—hay más de 3.000 cooperativas en Bélgica, para una población total inferior á siete millones de habitantes.—Las huelgas perjudican á las cooperativas. La venta se hace en estas habitualmente al contado. En los periodos de huelga, naturalmente, las familias de los huelguistas quieren comprar á crédito: la venta á crédito es el riesgo de las cooperativas de consumo. Sus directores, que son los del partido obrero, procuran por todos los medios que las huelgas no estallen. Y si al fin se producen, se esfuerzan para que sean de escasa duración.

Desde luego se oponen á la huelga general que daría al traste con la riqueza de las cooperativas. Véase por donde interesante á los obreros en la riqueza, haciéndoles conservadores en el sentido económico de la palabra, por el hecho de que tengan empeño en conservar sus poderosas cooperativas, se opone un dique á las huelgas absurdas que son el pan de cada día entre nosotros.

El partido obrero español, por boca de Pablo Iglesias, es enemigo de toda expansión colonial. Confiábase en este punto con los acuerdos del Congreso socialista celebrado en Stuttgart en 1907. El partido obrero belga, no ha creído conveniente conformarse con los acuerdos de dicho Congreso. En 1908 presentóse por los belgas un problema colonial de importancia—aunque no tanta como el nuestro en Marruecos.—Tratábase de la anexión del Estado independiente del Con-

## Motes políticos

(SONETO OCTOSÍLABO)

El credo conservador—en un verbo se contiene.  
«Prevenir!»—¿Qué gracia tiene—el partido previsor!  
—  
Es el credo liberal—otro verbo contundente:  
«Reprimir». ¡Anda, valiente,—llegas tarde y quedas mal!  
—  
La jerga republicana,—se condensa en su famoso vocablo:—«Revolución.»  
—  
Y la fiera africana—del diputado capcioso se titula: «Inanición.»

X. Y Z

go. ¿Cuál fué la actitud de los socialistas? En primer lugar, espontáneamente, su actitud fué contraria á la anexión. Pero Mr. Vandervelde, jefe del partido, estimó que la anexión debía merecer el asentimiento del proletariado. Estuvo en el Congo. Volvió entusiasmado del territorio africano. Retó á discusión á sus contradictores, Hízoles ver no solo la utilidad que Bélgica reportaría de la anexión, sino las ventajas que los indígenas obtendrían al ser gobernados directamente por un país europeo. Se le injurió. Se le hicieron los mismos argumentos que ahora hacen en España los inconscientes; que la anexión solo reportaría ventajas á los capitalistas; que civilizar no es colonizar; que el presupuesto nacional se vería sobrecargado; que la clase obrera sería nuevamente víctima de la conquista, etc, etc.—Todo fué inútil: la Asamblea suprema del partido obrero, después de oír á todos los oradores, votó una orden del día, no solo aprobando la anexión del Congo, sino admitiendo también: que el partido estuviera representado en el seno del consejo superior colonial. Y con el asentimiento de los obreros, la anexión del Congo se realizó sin dificultad alguna.

Pero es que nuestros socialistas, no son más que vulgares agitadores, sin cultura, sin base ética, sin ideal, sin otro motor que la envidia de los ricos, como nuestros jóvenes republicanos no tienen, en el fondo más que una rivalidad personal con el rey. El amor al proletariado que no se manifiesta en explosiones, en violencias, en actitudes frías, sino que se ponga á prueba

en un esfuerzo continuado, en un trabajo de todos los días, en una labor de educación fraternal, de pequeños sacrificios de la vanidad, de renunciaciones sin ruido, de pureza en la conducta, de fe constante á prueba de desengaños... ese amor no lo conocen nuestros revolucionarios. Ya la profesión de revolucionario; implica inferioridad mental, por lo menos. No se puede cristalizar en revolucionario sin una inversión de las perspectivas sociales, porque la revolución no puede ser fin que satisfaga ningún espíritu normal. Hay quien, es revolucionario por tener un gesto. Pero el gesto, entre nosotros, la gallardía, el valor cívico, estriban en decir la verdad, serenamente, por amor al pueblo. Aunque el pueblo cierre los oídos aunque los malos pastores apedreen al que la diga.

JUAN PUJOL.

Bruseles Septiembre 1911.

## Lluvia de entrevistas

El último grito de la temporada no son las faldas abiertas por ambos costados, ni el inocente «¡Viva la República... de Portugal!»  
El último grito es el espiritual pour parler, á que se ha dedicado un activo reporter de la localidad. Más eficaz que los representantes mudos del país en las Cortes Soberanas, ha tenido la feliz idea de interpetar á los eximios políticos cartageneros, que elaboran nuestra felicidad en sus ratos de templanza... Y riáse ustedes de

—¿Cuál es vuestro temor?—le preguntó la joven.  
—Que tu gentil donaire llama de tal manera la atención que se descubra tu disfraz.  
—No temas que suceda,—le dijo la morisca con el scento más seguro,—he de pasar por el sobriño del buen fraile. Además,— continuó,—el mismo fray Nepomuceno protegerá mi incógnito: le conviere y lo hará; tengo yo aquí los medios de obligarle,—añadió la morisca mostrando los papeles que había encontrado poco antes en el bolsillo del greguésco.  
—¿Pero, y la dama?—le preguntó la vieja.  
—Doña Inés de Tallante no debe aparecer por estos sitios mientras á mi propósito convenga.  
—Es que quizá se encuentre en la barraca,—le replicó la vieja.  
—Volve pues, á buscarla.  
Salió la joven del mesón, y á poco se perdió entre los enredos matutinales del cercano Almerjal que circundaba la posada en dirección á los Saltrés.  
Mientras tenía lugar lo que acabamos de decir en las habitaciones del mesón que ocupaba el herido y los que se querían á asistirle, tenía lugar un movimiento extraordinario.  
Aunque los cirujanos afirmaban que el paciente

Aquel paje era Estrella.  
—¿Qué hacéis, señor hidalgo?—preguntó ésta al soldado después de haber llamado su atención tocándole en el hombro con su mano.  
—¿Qué hago me preguntáis?—le contestó el soldado sin dejar su actitud batalladora.—Esperad un momento y lo veréis.  
—¿Cómo un misero esclavo puede ofender vuestra hidalguía?—le preguntó la joven.  
—Me ha embestado el peñón y á punto ha estado de arrojarme al suelo.  
—¿A vos?—dijo el paje sonriendo,—parece imposible. Y si por fin,—siguió,—no pudo contenerse en su carrera, tenedle compasión antes que castigarle. No rehajéis vuestra hidalguía hasta el vit y humilde gusanillo.  
—Tenéis razón que os sobra, señor paje,—le contestó el soldado ruboroso y envalando su espada.—Dado al mismo diablo,—porque he perdido el jugo, cuando me embistió el bruto me enfurecí de tal manera, que á no intervenir vos de seguro lo ensartó con la espada. Ahora me pesa verdaderamente.  
—Sois un noble soldado, caballero,—dijole el falso paje alargando su mano, que estrechó el mosquetero entre las suyas.  
Y dirigiéndose á Narváez le dijo con bondad:

Había visto á la esclava sumamente sollicita en la asistencia del hijo go, y por lo tanto procuraba el joven no perderla de vista ni un instante.  
En una de las ocasiones en que salió del parador en busca del caballo para correr á la ciudad, se cruzó en su camino el mosquetero que vimos en la Tela aquella tarde, con el cual tropezó y estuvo á punto de arrojarlo al suelo.  
El matriculado militar se desató en injurias y desmentidos, cuyo arsenal á la sazón se hallaba bien provisto en nuestra tierra, pues aquellos soldados no obstante las pragmáticas reales, solían jurar, votar y maldecir, en español, frances, flamenco ó italiano.  
Poco importara al presuroso esclavo el maldecir del matriculado mosquetero, si por fin, le dejara libre el paso pero fué el caso que el soldado sacó su enorme espada y le gritó con ronca voz:  
—Téngase el mal nacido, miserable, rufian, perro morisco, que si satisfacer no puede á un caballero puede en cambio dejarle las orejas.  
Y al decir esto estirchó al pobre joven de tal modo, que hubo de correrle, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared.  
En esta situación, crítica por demás para Narváez, llegó á sacarle de ella la intervención providencial de un paje que en aquellos momentos se apareció en la puerta del mesón.